

“DON QUIJOTE NO PUEDE NI DEBE MORIR”: LAS PÁGINAS CERVANTINAS DE RUBÉN DARÍO

Por Jorge Eduardo Arellano
(Director de la Academia Nicaragüense de la Lengua)

HACE cuatro siglos Juan de la Cuesta editó en Madrid la primera parte de la novela *Don Quijote de la Mancha*, “gloria del ingenio español y precioso depósito de la propiedad y energía del Idioma castellano”. Con motivo de esa efemérides, la Academia Nicaragüense de la Lengua se anticipó editando en abril del 2002 una colección de seis trabajos cervantinos de Rubén Darío, con prólogo del suscrito.

Ahora, en esta presentación nacional de la edición conmemorativa del IV Centenario del Quijote –dirigida por la Real Academia Española y la Asociación de Academias– amplió dicho prólogo.

I. Darío y su viaje a La Mancha

El 5 de mayo del 2005 se cumplirá un siglo de la celebración en Madrid del tercer centenario de la *editio princeps* del Quijote. Para esa fecha, Rubén Darío –hijo de América y nieto de España, como se autoconcebía– realizó un viaje a La Mancha. Le acompañaba Pedro González Blanco (1879-1961), uno de los fundadores de la revista *Helios* –difusora del modernismo hispánico–, apasionado defensor de la trascendente labor colonizadora de España y cuya vida tuvo mucho de gesta aventurera. Residió en varios países hispanoamericanos: Argentina, Cuba, Guatemala –donde, ya viudo, matrimonió con una sobrina del Presidente Manuel Estrada Cabrera–, y, sobre todo, en México. Allí se estableció definitivamente en 1939, mucho después de su activa participación en el movimiento revolucionario de 1910 al lado de Venustiano Carranza, de quien fue asesor y protegido.

Dos crónicas eruditas surgieron del citado viaje de Darío: “En tierra de D[on] Quijote” y “La cuna del manco”; una redactada en Argamasilla de Alba, la otra en Madrid. Ambas desconocidas, se publicaron en *La Nación* de Buenos Aires el 9 de abril y el 21 de mayo de 1905, respectivamente; y figuran en la publicación *DON QUIJOTE NO DEBE NI PUEDE MORIR* (Managua, Academia Nicaragüense de la Lengua, abril, 2002), anotadas por Günther Schmigalle. El título de la primera –e incluso la iniciativa misma del viaje a La Mancha–, Darío la tomó de un libro aparecido en París cuatro años antes (1901): la traducción francesa del original en inglés: *On the Trail of Don Quixote*,

being a record of rambles in the ancient province of la Mancha (New York, Charles Scribners, 1897). ¿Su autor? Auguste-F. Jaccaci, pintor francés nacido en 1857 y ciudadano estadounidense desde 1888.

El poeta visitó Ciudad Real, la pequeña población de Marcos y Argamasilla de Alba, describiéndolas con precisión memorable. Veamos únicamente las líneas consagradas a la segunda: *“Hice un paseo a la cercana población de Marcos donde existe una célebre y milagrosa virgen de piedra, en cuya iglesia he visto la más extraña colección de exvotos de cera que pueda suponerse. No hay más curiosidades que restos de antiguas construcciones moriscas, un aljibe y el pintoresco paisaje que cerca de una fábrica vecina une abruptas rocas, altos álamos y las aguas del Guadiana, recogidas en una especie de lago artificial que se derrama en cascada sonora y cristalina. Cerca de la ribera, unos mozos cantaban coplas de la tierra, acompañándose con la inseparable guitarra. El cielo azul, el aire frío. Por la carretera, las mulas de un carro trotaban, haciendo sonar sus cascabeles”*.

En la segunda crónica, el renovador de la poesía castellana de su tiempo comenta, no sin sonriente de ironía, la disputa sobre la ciudad natal de Cervantes, concentrada entre Alcázar de San Juan y Alcalá de Henares, desde hacía tiempo ganada por ésta, y Darío lo sabía perfectamente. Si nuestro poeta reunió en dicha crónica argumentos a favor de Alcázar de San Juan, fue –en este caso, como en otros– para defender quijotesca una “causa perdida”, una causa anti-académica, y le fascinaba el *furor poeticus* de los sabios y soñadores con quienes alternó en tierra de La Mancha. “Una batalla –dijo– en que los cañones Maxim quedan substituidos por razones de a folio, a medida que se aproximan los días del inminente [tercer] centenario”.

Cuando llegó este fasto –celebrado en 114 ciudades españolas, 212 hispanoamericanas y 31 extranjeras– Darío consagró a don Quijote su famosa “Letanía”, leída por su amigo Ricardo Calvo en la Paraninfo de la Universidad el 13 de mayo de 1905, durante el homenaje organizado por el Ateneo de Madrid. Como señala Uribe de Echeverría, la “Letanía de Nuestro Señor Don Quijote” acredita a su autor como “el más cervantino y alto cantor del Quijote”, añadiendo: “toda la poesía amarga del inmortal caballero aparece transmutada en los versos del exquisito bardo...”. En ella –anotó Darío– “afirmo otra vez mi arraigado idealismo, mi pasión por lo elevado y

heroico, la figura del caballero simbólico está coronado de luz y de tristeza. En el poema se intenta la sonrisa del *humour* –como un recuerdo de la portentosa creación cervantina– mas tras el sonreír está el rostro de la humana tortura ante las realidades que no tocan la complexión y el pellejo de Sancho”. (“Historia de mis libros”, 1913).

Al respecto, no resulta ocioso distinguir en la “Letanía...” sus tres fases, de acuerdo con Emilio Carilla en su *Cervantes y América* (Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1951): *salutación* –o invocación– comprendida entre las cinco estrofas primeras; la *letanía*, que se expande en las cinco estrofas siguientes; y la fusión armónica de salutación y letanía en las dos estrofas finales: *Noble peregrino de los peregrinos, /que santificaste todos los caminos, /con el paso augusto de tu heroicidad, /contra las certezas, contra las conciencias /y contra las leyes y contra las ciencias, /contra la mentira, contra la verdad... //Ora por nosotros, señor de los tristes, /que de fuerza alientas y de ensueños vistes, /coronado de áureo yelmo de ilusión; /¡que nadie ha podido vencer todavía, /por la adarga al brazo, toda fantasía, /y la lanza en ristre, toda corazón!*”.

La “Letanía de Nuestro Señor Don Quijote” correspondió al poema 49 de los *Cantos de Vida y Esperanza, Los Cisnes y otros Poemas* (1905), escrito especialmente para el homenaje a Cervantes en el III Centenario de la publicación de la primera parte del *Quijote*, como ya señalamos. Darío, por encontrarse enfermo, delegó su lectura a Ricardo Calvo, como consta en la edición del *Ateneo* (Madrid, mayo de 1905, imprenta de Bernardo Rodríguez, mayo de 1905, pp. 467-69), donde figura erráticamente en plural como “Letanías...” (sic) y sin dedicatoria. Fue hasta en la edición de los *Cantos de Vida y Esperanza...* de junio, de ese mismo año, que apareció dedicada a [Francisco] Navarro Ledesma (1869 – 1905), director de *Blanco y Negro*, revista en la que Darío colaboraba. Al fallecer a los pocos meses Navarro Ledesma (septiembre de 1905) Darío le consagró el poema “In memoriam”: “Yo no escuché jamás palabras tan hermana /y que fuese de mi sangre y en mi pensar mi hermana. /Era bueno. Era puro. Era lo que hay que ser /cuando se trae en el hombro la piedra del deber...”. Navarro Ledesma, catedrático y periodista, escribió unas *Lecciones de literatura* (1900-02), *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes* (1905) y dos libros de cuentos: *En un lugar de la Mancha...* (1905) y el póstumo: *Los nidos de antaño*.

II. Lecturas nutricias y referencias básicas

Siendo niño precoz en León de Nicaragua, Rubén Darío (1867-1916) leyó el *Quijote* descubierto en un viejo armario familiar con otras obras reveladoras. Así lo indica en su autobiografía (cap. IV). Desde entonces, Miguel de Cervantes y Saavedra (Alcalá de Henares, 1547-Madrid, 1616) sería una de sus lecturas fieles y nutricias, como lo demostró en dos de sus poemas perdurables (“Un soneto a Cervantes” y “Letanía de Nuestro Señor Don Quijote”), en el cuento “D.Q.” y en el ensayo “Hércules y don Quijote”, al igual que en dos crónicas –desconocidas y eruditas– que ha anotado exhaustivamente Günther Schmigalle.

Por nuestra parte, comentaremos las cuatro piezas cervantinas conocidas de Darío, no sin recordar que en su misma autobiografía el poeta errante, *español de América y americano de España*, dejó testimonio de esa lectura predilecta. En efecto, al aludir a su etapa argentina, cuando reposaba llevado por el médico Prudencio Plaza en la isla de Martín García –dentro del Río de la Plata– afirma que releyó el *Quijote* (cap. XLIV). No en vano, como lo han demostrado algunos críticos, la presencia intertextual de la inmortal obra cervantina se detecta nada menos que en unos versos de “Marcha triunfal” (1895), escrita en ese escenario. Y en su “Post-data en España” (1914), de su citado volumen de memorias, Darío define a la capital de Cataluña con unas líneas del antepenúltimo capítulo del *Quijote* (2ª parte, cap. LXXXII):

“De Valldemosa [en las islas Baleares] partí un día en el Jaime I, que me trajo a la amable ciudad condal. Aquí debía residir, fijar la planta por muchos años, Dios mediante, y en verdad confieso que me es grata en extremo la estancia en esta tierra, archivo de [la] cortesía, como reza la frase del glorioso manco de Lepanto”.

Sin duda, Darío citada de memoria, pues omite el artículo subrayado y entre corchetes: la

Como las anteriores, existen no pocas referencias rubendarianas alusivas al *Quijote*, a las *Novelas ejemplares* y a su autor en las páginas creadoras del nicaragüense universal. De hecho, ya fueron rastreadas –entre otros– por Uribe Echeverría (1949:

120-121) y Alberto Sánchez (1962: 31-44) (“Cervantes y Rubén Darío”, *Seminario Archivo Rubén Darío*, Madrid, Núm. 6, 1962, pp. 31-44). Aquí no vamos a repetir las. Sólo diremos que se les escaparon algunas fundamentales.

Porque no sólo alude a Cervantes en los versos enfáticos de la epístola “A Juan Montalvo”, incluida en *Epístolas y poemas* (1885) y escrita por Darío a sus diecisiete años el 1 de junio de 1884. Intentando captar la esencia de lo montalvino, el entusiasta joven valora al prosista ecuatoriano como feliz imitador del *Quijote* (versos 331-395) y émulo de Cervantes (versos 306 y 447):

*El Genio Manco, admiración del mundo,
risueño Atlante con el pecho herido,
carga sobre sus hombros mole inmensa
que por mucho que es grande no le agobia...*

*la Gloria está esperando tu llegada
y Miguel de Cervantes es tu guía.
Ingenio: esculpe, labra, pinta, eleva.
en la región del arte luz es todo;
gran artista, te sientes dominado
por esa claridad como encendida
por la mano de Dios...*

*¿Cómo no has de acercarte hasta la cumbre
si Cervantes te lleva de la mano?*

También transcribe varios párrafos de Pedro Balmaceda Toro, autor del ensayo “La novela social contemporánea”, en el ensayo biográfico que escribió sobre este amigo y literato chileno: *A. de Gilbert* (1889): “Cervantes marcó el rumbo. ¿Y qué pueblo tienen una novela como *Don Quijote*, en la cual las costumbres de la época, los personajes que campean en la obra, sean más fielmente retratados?” (1991:141); en las “Palabras liminares” de *Prosas profanas* (1896): “El abuelo español de barba blanca me señala una serie de retratos ilustres: Este –me dice– es el gran don Miguel de Cervantes, genio y manco [...]”. E igualmente en el poema “Helios”: “Que sientan las naciones el volar de tu carro, que hallen los corazones /humanos, en el brillo de tu carro, esperanza; que el alma *Quijote* y el cuerpo *Sancho Panza* /vuele una psique cierta a la verdad del sueño...” y en uno de los sonetos de la segunda edición de *Prosas profanas* (1901), obra cardinal del modernismo hispanoamericano: “La gitanilla”, título y personaje de una de las *Novelas ejemplares*:

*Maravillosamente danzaba. Los diamantes
negros de sus pupilas vertían su destello:
era bello su rostro, era un rostro tan bello
como el de las gitanas de don Miguel de Cervantes...*

Asimismo, en otro soneto, titulado “España –de 1899 y disperso, es decir, no recogido en libro– Darío postula su clara filiación hispánica vinculada al catolicismo y al castellano, cuya más alta cima representa Cervantes en el Siglo de Oro: “*Dejad que siga y bogue la galera /bajo la tempestad, sobre la ola*” –se inicia, para concluir:

*Y bogue entre las olas espumantes,
y bogue la galera que ya ha visto
cómo son las tormentas inconstantes:*

*que la raza está en pie y el brazo listo,
que va en el barco el capitán Cervantes
y arriba flota el pabellón de Cristo.*

Lengua y religión, en una directa referencia a la hazaña colombina, se evocan en los dos últimos endecasílabos.

III. Réplica a Unamuno

Pasemos ahora a un texto en prosa sustantivo. Se trata de la significativa réplica de Darío, publicada en el diario *La Nación* de Buenos Aires el 2 de febrero de 1889, a don Miguel de Unamuno (Bilbao, 1864 –Salamanca, 1936). En la revista madrileña *Vida nueva*, del 26 de julio de 1898, Unamuno había anulado –en el contexto de la débâcle del 98– el noble idealismo sustancial del máximo personaje cervantino, saliéndole Rubén al frente: “Creo que el fuerte vasco Unamuno, a raíz de la catástrofe, gritó en un periódico de Madrid de modo que fue bien escuchado su grito: *¡Muera Don Quijote!* Es un concepto a mi entender injusto. Don Quijote no puede ni debe morir; en sus avatares cambia de aspecto, pero es el que trae la sal de la gloria, el oro del ideal, el alma del mundo. Un tiempo se llamó el Cid, y aun muerto ganó batallas. Otro, Cristóbal Colón, y su Dulcinea fue la América...” (José Enrique Rodó, en un ensayo y José Sancos Chocano, en un poema, desarrollaron el binomio rubendariano Quijote-Colón, más no cabe aquí ejemplificarlo).

La argumentación de Darío debió convencer al autor de la *Vida de don Quijote y Sancho* (1905), quien tuvo que adjurar de aquel intenso grito errático: “*Hace algunos años lancé contra ti, generoso hidalgo, este grito de guerra: ¡Muera Don Quijote!... Pedí que murieras para que resucitara en ti Alonso el Bueno, el enamorado de Aldonza, como si su voluntad se hubiera nunca postrado más espléndida que en tus locas hazañas... Yo lancé contra ti, mi señor Don Quijote, aquel muera. Perdónamelo porque lo lance lleno de sana y buena, aunque equivocada intención, y por amor a ti...*”

Mientras tanto, Darío había reaccionado desde Buenos Aires, en su carácter de caudillo mental y literario del modernismo hispanoamericano, ante el desastre del 98, acontecimiento bélico por el cual el expansionismo económico y político de la potencia del Norte de América acababa de dar el tiro de gracia al decadente imperio español, cercenándole Puerto Rico y Filipinas e independizando Cuba. Como es sabido, dos ensayos (“El triunfo de Calibán” y “El crepúsculo de España”), más el cuento “D.Q.” configuraron tal adhesión a los valores de la España que él defendía : Ideal, Nobleza, Hidagüía y a sus mayores representantes de su Siglo de Oro.

IV. El cuento “D. Q.” y otras alusiones poéticas

Pionero, por otro lado, de la narrativa fantástica de Hispanoamérica, “D.Q.” (1899) desarrolla su trama “cerca de Santiago de Cuba” y, en síntesis, transmite el lamento por la pérdida de esos valores ante el arrollador avance del imperialismo norteamericano. ¿Cómo? Con el suicidio de Don Quijote, portador de la bandera de una compañía del ejército español que luchaba en Cuba contra el norteamericano y creía “*que dentro de poco –relata Darío en su ficción– estaremos en Washington*” y “*será izada nuestra bandera en el Capitolio*”.

Asumiendo los contenidos noventayochistas, Darío elogió el mismo año de 1899 tanto la representación del famoso drama de Edmond Rostand en el Teatro Español de Madrid –fijando un paralelo entre el dramaturgo francés y su *Cyrano de Bergerac* con Cervantes y su Quijote (“*Cyrano en España*”)– como la visita del rey Oscar II de Suecia y Noruega a la península (“*Al rey Oscar*”). Ambos poemas ingresarían a sus *Cantos de Vida y Esperanza. Los Cisnes y Otros Poemas* (1905) y en el segundo no sólo asocia la dama caballerisca del Quijote al ensueño romántico (“*cerca de Dulcinea brilla el rayo*

de luna, /y la musa de Bécquer del ensueño es esclava /bajo un celeste palio de luz escandinava”), sino que proclama su marcado y orgulloso idealismo hispánico:

*Mientras el mundo aliente, mientras la esfera gire,
mientras la onda cordial alimente un ensueño
mientras haya una viva pasión, un noble empeño,
un buscado imposible, una imposible hazaña,
una América oculta que hallar, vivirá España!*

En esa misma línea cabe citar lo que el propio Darío denomina, en su “Historia de mis libros”, “una loor al Gran Manco” (“Un soneto a Cervantes”, incluido también en *Cantos de vida y esperanza* y datado de 1903); y su tributo, al año siguiente, a ese trágico formulador del *Idearium español* (1897) que fue Ángel Ganivet (1865-1898), fallecido por decisión propia al arrojarse a las aguas de Dwina en Riga, Finlandia:

*¡Ganivet! ¡Ganivet! ¡Hamlet tan Cervantino!
Hijodalgo divino
que haces, melificando al Cid, un Don Quijote
que traspasa los siglos...*

Pero la apoteosis del cervantismo rubendariano correspondió a su admirable “Letanía de Nuestro Señor Don Quijote”, ya comentada.

V. El ensayo “Hércules y Don Quijote”

El mismo año de la elaboración y difusión del anterior poema, el del centenario de la edición príncipe de la primera parte de la mejor novela del mundo, Darío escribió dos crónicas de su viaje a La Mancha, a las cuales ya nos referimos. Posteriormente, elaboró el ensayo interpretativo “Hércules y Don Quijote” que compilaría en su libro *Letras* (1911). Destacado por Alberto Sánchez, consiste en una glosa, con observaciones agudas, de un artículo de Mariano Miguel de Val (1875-1912). Este consideraba a Hércules y a Sileno precursores del valeroso caballero y de su escudero Sancho, respectivamente. A Darío, asiduo lector del *Quijote* e irreprimible aficionado a la mitología clásica, el tema le fascina. No olvidemos que en su madurez nunca se desprendía de tres libros: la Biblia, el *Quijote* y de una obra en francés del alemán Max Müller (1823-1900), conservada en el Seminario Archivo de Madrid.

Sánchez observa que la comparación de Don Quijote y Hércules le parece a Darío nueva e ingeniosa, pero puntualiza que la de Sancho y Sileno ya había sido establecida por Víctor Hugo en un capítulo de su *William Shakespeare*. Las similitudes entre los dos héroes, Hércules y Don Quijote, las estima de poca envidia, puesto que sus psicologías son absolutamente diferentes. Ante todo, Don Quijote es *caballero* en todas sus dimensiones: “diríase que sin su caballería está incompleto: *cuando no va en Rocinante hacia el heroísmo, va en Clavileño hacia el ensueño*” (Letras, 1911: 142). Mientras que Hércules no cabalga: ejecuta sus trabajos a pie. Por último, frente a un Hércules tan lascivo como Pan, Don Quijote, “paladín medio santo”, es el caballero casto por excelencia.

Más calibrado para Darío es el paralelo Sileno-Sancho. El intérprete cervantino que fue el autor de la “Letanía de Nuestro Señor Don Quijote” le dedica unas líneas memorables; en ellas glosa a Víctor Hugo, logrando “personales atisbos de amable franciscano y disimulada erudición”. Y nada más. Sánchez concluye: “*Vemos aquí meditando sobre la más honda significación del héroe manchego y de su fiel Sancho Panza, saltando del escepticismo francés a una afirmación entrañable de fe, trasvasada al humilde plano de las cabalgaduras. Faltaba unir este ensayo doctrinal a un conjunto rubeniano de estimaciones estéticas o motivaciones literarias de raíz cervantina*”.

VI. Últimas alusiones

Para terminar, un dato interesante. La última crónica, por cierto trunca, que Darío escribió –destinada, desde luego, a *La Nación*– fue en Nueva York, abril, 1915; precisamente se titula “De New York a Buenos Aires por el Atlántico” y quedó inédita. Pues bien, en sus líneas finales Darío alude a un ejemplar del *Quijote*, cuya lectura le esperaba en el camarote de su barco (Arellano, 1983).

En las misma Nueva York, el 3 de enero de 1915, Darío escribió en la pared de la *Hispanic Society of America*, a solicitud de su fundador Archer M. Huntington las siguientes tres cuartetas desconocidas, en cuyo verso final alude al autor del *Quijote*.

*Visitante que pasas por esta casa egregia,
mira cómo la América noble y republicana*

*da cabida a la gloria de la progenie hispana
y a su espíritu eterno brinda acogida regia.*

*Aquí podéis mirar cuál fue la hija del Lacio
que siendo Iberia dio luces en paz y en guerra.
Saluda a quien creó este ilustre palacio
que propaga el pasado triunfo sobre la tierra.*

*A él nuestros loores, pues por su sin igual
esfuerzo que produce riquezas y eficacias,
desde la maravilla de su sueño inmortal,
Cervantes y el divino don Diego dicen: ¡Gracias!*

BIBLIOGRAFÍA

ARELLANO, Jorge Eduardo: “Una crónica desconocida de Rubén Darío”. De New York a Buenos Aires por el Atlántico”. *Nuevo Amanecer Cultural* [Managua], 30 de enero, 1983.

CARILLA, Emilio: *Cervantes y América*. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1951.

DARÍO, Rubén: *Don Quijote no debe ni puede morir*. Prólogo de Jorge Eduardo Arellano. Anotaciones de Günther Schmigalle. Managua, Academia Nicaragüense de la Lengua, Abril, 202. 60 p.

DARÍO, Rubén: “Hércules y don Quijote”, en *Letras*. Paris, Garnier Hermanos, Libreros-Editores [1911], pp. 141-149.

DARÍO, Rubén: “Historia de mis libros”, en *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1991. (Colección “La Expresión Americana”).

DARÍO, Rubén: “A. de Gilbert”, en *Rubén Darío y El Correo de la tarde: 1890-1891*. Edición e introducción de Frances Jolger y Francisco Solares-Larrave, con la colaboración de Evelyn Uhran Irving. Prólogo de Iván A. Schulman. Valencia [España] Instituto de Estudios Modernistas, 1996, p. 116-166 (Biblioteca Rubén Darío, v. 1).

SÁNCHEZ, Alberto: “Cervantes y Rubén Darío”. *Seminario Archivo Rubén Darío* (Madrid), núm. 6, 1962, pp. 31-44.

URIBE ECHEVERRÍA, Antonio: *Cervantes en las letras hispanoamericanas*. Santiago de Chile, Ediciones de la Universidad de Chile, 1943, pp. 120-121.

I. Poesía

UN SONETO A CERVANTES

A Ricardo Calvo

Horas de pesadumbre y de tristeza
paso en mi soledad. Pero Cervantes
es buen amigo. Endulza mis instantes
ásperos, y reposa mi cabeza.

Él es la vida y la naturaleza,
regala un yelmo de oros y diamantes
a mis sueños errantes.
es para mí: suspira, ríe y reza.

Cristiano y amoroso y caballero,
parla como un arroyo cristalino.
¡Así le admiro y quiero,

viendo cómo el destino
hace que regocije al mundo entero
la tristeza inmortal de ser divino!

Poema XVIII de los *Cantos de vida y esperanza, Los Cisnes y otros poemas* (1905). Apareció en la revista *Helios* [Madrid], IX, 1903, p. 37, dedicado a Ricardo Calvo (1873-1966), primer autor del teatro español de su tiempo y con su data: "París 1903". El 24 de julio del mismo año Darío le había escrito a Juan Ramón Jiménez, director de *Helios*: "No publique el soneto a Cervantes, solo. Mañana o pasado le enviaré otros versos de mi próxima *plquette: Cantos de vida y esperanza* (sic). A [Ricardo] Calvo le leía algo". Pero Juan Ramón, al no recibir los versos prometidos, hizo caso omiso de la indicación.

El verso 6 de *Helios* contiene una variante: *Regala un yelmo de diamantes*. Este soneto se reprodujo, con el título "A Cervantes", en tres revistas de América Latina: *Revista Moderna de México*, I-1904; *Pluma y Lápiz* [Santiago de Chile], 8-V-1904 y *La Lira chilena*, 17-VII-1904. No se conserva el manuscrito, pero Arturo Marasso lo conoció sin dar su fuente, advirtiendo una variante en el verso 7: "Cristiano y amoroso caballero". Sin embargo la segunda conjunción y mejora el verso. Así aparece en la primera edición.

REY de los hidalgos, señor de los tristes,
que de fuerza alientas y de ensueños vistes,
coronado de áureo yelmo de ilusión;
que nadie ha podido vencer todavía,
por la adarga al brazo, toda fantasía,
y la lanza en ristre, toda corazón.

Noble peregrino de los peregrinos,
que santificaste todos los caminos
con el paso augusto de tu heroicidad,
contra las certezas, contra las conciencias
y contra las leyes y contra las ciencias,
contra la mentira, contra la verdad...

¡Caballero errante de los caballeros,
barón de varones, príncipe de fieros,
par entre los pares, maestro, salud!
¡Salud, porque juzgo que hoy muy poca tienes,
entre los aplausos o entre los desdenes,
y entre las coronas y los parabienes
y las tonterías de la multitud!

¡Tú, para quien pocas fueran las victorias
antiguas y para quien clásicas glorias
serían apenas de ley y razón,
soportar elogios, memorias, discursos,
resistes certámenes, tarjetas, concursos,
y, teniendo a Orfeo, tienes a orfeón!

Escucha, divino Rolando del sueño.
a un enamorado de tu Clavileño,
y cuyo Pegaso relincha hacia ti;
escucha los versos de estas letanías,
hechas con las cosas de todos los días
y con otras que en lo misterioso vi.

¡Ruega por nosotros, hambrientos de vida,
con el alma a tientas, con la fe perdida,
llenos de congojas y faltos de sol,
por advenedizas almas de manga ancha,
que ridiculizan el ser de la Mancha,
el ser generoso y el ser español!

¡Ruega por nosotros, que necesitamos
las mágicas rosas, los sublimes ramos
de laurel! *Pro nobis ora*, gran señor.
(Tiembra la floresta del laurel del mundo,
y antes que tu hermano vago, Segismundo,
el pálido Hamlet te ofrece una flor)

Ruega generoso, piadoso, orgulloso,
ruega casto, puro, celeste, animoso;
por nos intercede, suplica por nos,
pues casi ya estamos sin savia, sin brote,
sin alma, sin vida, sin luz, sin Quijote,
sin pies y sin alas, sin Sancho y sin Dios.

De tantas tristezas, de dolores tantos,
de los superhombres de Nietzsche, de cantos
áfonos, recetas que firma un doctor,
de las epidemias de horribles blasfemias
de las Academias,
líbranos, señor.

De rudos malsines,
falsos paladines,
y espíritus finos y blandos y ruines,
del hampa que sacia
su canalocracia
con burlar la gloria, la vida, el honor,
del puñal con gracia,
¡líbranos, señor!

Noble peregrino de los peregrinos,
que santificaste todos los caminos,
con el paso augusto de tu heroicidad,
contra las certezas, contra la conciencias,
y contra las leyes y contra las ciencias,
contra la mentira, contra la verdad...

Ora por nosotros, señor de los tristes,
que de fuerza alientas y de ensueños vistes,
coronado de áureo yelmo de ilusión;
¡que nadie ha podido vencer todavía,
por la darga al brazo, toda fantasía,
y la lanza en ristre, toda corazón!

[Madrid, abril de 1905]

Es el poema XXXXIX de los *Cantos de vida y esperanza*. *Los Cisnes y otros poemas* (1905), escrito especialmente para el homenaje a Cervantes en el III centenario de la publicación del *Quijote*, organizado por el Ateneo de Madrid en el Paraninfo de la Universidad el 13 de mayo de 1905. Darío, por encontrarse enfermo, delegó su lectura a Ricardo Calvo, como consta en la edición del *Ateneo* (Madrid, mayo de 1905, imprenta de Bernardo Rodríguez, mayo de 1905, pp. 467-69), donde figura como “Letanías (sic)...” y sin dedicatoria.

Fue hasta en la edición de los *Cantos de vida y esperanza...* de ese mismo año, que apareció dedicada a [Francisco] Navarro Ledesma (1869-1905), director de *Blanco y Negro*, revista en la que Darío colaboraba. Al fallecer Navarro Ledesma (septiembre de 1905), Darío le consagró el poema “In memoriam”:

*Yo no escuché jamás palabra tan hermana
y que fuese de mi sangre y en mi pensar mi hermana.*

II. Cuento

D. Q.

Por Rubén Darío

I.

ESTAMOS de guarnición cerca de Santiago de Cuba. Había llovido esa noche; no obstante el calor era excesivo. Aguardábamos la llegada de una compañía de la nueva fuerza venida de España, para abandonar aquel paraje en que nos moríamos de hambre, sin luchar, llenos de desesperación y de ira. La compañía debía llegar esa misma noche, según el aviso recibido. Como el calor arreciase y el sueño no quisiese darme reposo, salí a respirar fuera de la carpa. Pasada la lluvia, el cielo se había despejado un tanto y en el fondo oscuro brillaban algunas estrellas. Di suelta a la nube de tristes ideas que se aglomeraban en mi cerebro. Pensé en tantas cosas que estaban allá lejos; en la perra suerte que nos perseguía; en que quizá Dios podría dar un nuevo rumbo a su látigo y nosotros entrar en una nueva vía, en un rápida revancha. En tantas cosas pensaba...

¿Cuánto tiempo pasó? Las estrellas sé que poco a poco fueron palideciendo; un aire que refrescó el campo todo sopló del lado de la aurora y ésta inició su apareamiento, entre tanto una diana que no sé por qué llegaba a mis oídos como llena de tristeza, regó sus notas matinales. Poco tiempo después se anunció que la compañía se acercaba. En efecto, no tardó en llegar a nosotros. Y los saludos de nuestros camaradas y los nuestros se mezclaron fraternizando en el nuevo sol. Momentos

después hablábamos con los compañeros. Nos traían noticias de la patria. Sabían los estragos de las últimas batallas. Como nosotros estaban desolados, pero con el deseo quemante de luchar, de agitarse en una furia de venganza, de hacer todo el daño posible al enemigo. Todos éramos jóvenes y bizarros, menos uno; todos nos buscaban para comunicar con nosotros o para conversar; menos uno. Nos traían provisiones que fueron repartidas. A la hora del rancho, todos nos pusimos a devorar nuestra escasa pitanza, menos uno. Tendría como cincuenta años, mas también podía haber tenido trescientos. Su mirada triste parecía penetrar hasta lo hondo de nuestras almas y decirnos cosas de siglos. Alguna vez que se le dirigía la palabra, casi no contestaba, sonreía melancólicamente; se aislaba, buscaba la soledad; miraba hacia el fondo del horizonte, por el lado del mar. Era el abanderado. ¿Cómo se llamaba? No oí su nombre nunca.

II.

El capellán nos dijo dos días después:

-Creo que no nos darán la orden de partir todavía. La gente se desespera de deseos de pelear. Tenemos algunos enfermos. Por fin, ¿cuándo veríamos llenarse de gloria nuestra pobre y santa bandera? A propósito: ¿Ha visto usted al abanderado? Se desvive por socorrer a los enfermos. Él no come; lleva lo suyo a los otros. He hablado con él. Es un hombre milagroso y extraño. Parece bravo y nobilísimo de corazón. Me ha hablado de sueños irrealizables. Cree que dentro de poco estaremos en Washington y que se izará nuestra bandera en el Capitolio, como lo dijo el obispo en su brindis. Le han apenado las últimas desgracias; pero confía en algo desconocido que nos ha de amparar; confía en Santiago; en la nobleza de nuestra raza, en la justicia de nuestra causa. ¿Sabe usted? Los otros seres le hacen burlas, se ríen de él. Dicen que debajo del uniforme usa una coraza vieja. Él no les hace caso. Conversando conmigo, suspiraba profundamente, miraba el cielo y el mar. Es un buen hombre en el fondo; paisano mío, manchego. Cree en Dios y es religioso. También algo poeta. Dicen que por la noche rima redondillas, se las recita solo, en voz baja. Tiene a su bandera un culto casi supersticioso. Se asegura que para las noches en vela; por lo menos, nadie le ha visto dormir. ¿Me confesará usted que el abanderado es un hombre original?.

-Señor capellán –le dije–, he observado ciertamente algo muy original en ese sujeto, que creo por otra parte, haber visto no sé dónde. ¿Cómo se llama?.

-No lo sé –contestóme el sacerdote–. No se me ha ocurrido ver su nombre en la lista. Pero en todas sus cosas hay marcadas dos letras: D.Q.

III.

A un paso del punto de donde acampábamos había un abismo. Más allá de la boca rocallosa, sólo se veía sombra. Una piedra arrojada rebotaba y no se sentía caer. Era un bello día. El sol caldeaba tropicalmente la atmósfera. Habíamos recibido la orden de alistarnos para marchar y probablemente ese mismo día tendríamos el primer encuentro con la tropas yanquis. En todos los rostros, dorados por el fuego furioso de aquel cielo candente, brillaba el deseo de la sangre y de la victoria. Todo estaba listo para la partida, el clarín había trazado en el aire su signo de oro. Íbamos a caminar, cuando un oficial, a todo galope, apareció por un recodo. Llamó a nuestro jefe y habló con él misteriosamente. ¿Cómo os diré que fue aquello? ¿Jamás habéis sido aplastados por la cúpula de un templo que haya elevado vuestra esperanza? ¿Jamás habéis padecido viendo que asesinaban delante de vosotros a vuestra madre? Aquella fue la mas horrible desolación. Era *la noticia*.

Estábamos perdidos, perdidos sin remedio. No lucharíamos más. Debíamos entregarnos como prisioneros, como vencidos. Cervera estaba en poder del yanqui. La escuadra se la había tragado el mar, la habían despedazado los cañones de Norte América. No quedaba ya nada de España en el mundo que ella descubriera. Debíamos dar el enemigo vencedor las armas, y todo; y el enemigo apareció, en la forma de un gran diablo rubio, de cabellos lacios, barba de chivo, oficial de los Estados Unidos, seguido de una escolta de cazadores de ojos azules. Y la horrible escena comenzó. Las espadas se entregaron; los fusiles también... Unos soldados juraban; otros palidecían, con los ojos húmedos de lágrimas, estallando de indignación y de vergüenza. Y la bandera... Cuando llegó el momento de la bandera, se vio una cosa que puso en todos el espanto glorioso de una inesperada maravilla. Aquel hombre extraño, que miraba profundamente con una mirada de la más amarga despedida, sin que nadie se atreviese a tocarle, fuese paso a paso al abismo y se arrojó en él. Todavía de lo negro del precipicio, devolvieron las rocas un ruido metálico, como el de una armadura.

IV.

El señor capellán cavilaba tiempo después:

-“D.Q.”...

De pronto, creí aclarar el enigma. Aquella fisonomía, ciertamente, no me era desconocida.

-D.Q. –le dije– está retratado en este viejo libro: Escuchad. “Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años; era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada o Quesada –que en eso hay alguna diferencia en los autores que de este caso escriben– aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quijana”.

“D.Q.”, uno de los cuentos fantásticos de Darío, se publicó por primera vez en el *Almanaque Peuser para el año de 1899* (Buenos Aires, Peuser, 1898, pp. 57-58) y constituyó una de las reacciones del poeta ante el desastre del 98 en Cuba, cuando España fue derrotada por Estados Unidos, perdiendo todas sus colonias ultramarinas. Cervera, almirante de la escuadra derrotada, se llamaba Pascual Cervera y Topete (1839-1909). Intentó en vano romper el bloqueo estadounidense a Santiago de Cuba, cerca del cual se desarrolla la trama de esta pieza quijotesca, poco conocida.

III. Ensayo

HÉRCULES Y DON QUIJOTE

UN notable escritor y poeta, que por cierto es de la familia de Castelar, me refiero a don Mariano Miguel de Val, dice lo siguiente:

“Es un libro que está por hacerse, a pesar de lo agotado que parecía el tema: Hércules y Isleño,

precursores del valeroso hidalgo Don Quijote y de su escudero Sancho. Hércules, libertador de los oprimidos, amparo de los débiles, castigo de los tiranos y espantos de los monstruos, tiene tales analogías con el ingenioso hidalgo de la Mancha, que hasta la protección de Palas Atenea, diosa de la sabiduría, parece sentar el principio de que también al hijo adulterino de Júpiter le sorbieron el seso los libros, más o menos de caballerías”.

La comparación de Don Quijote con Hércules me parece nueva e ingeniosa. La de Sancho y Sileno la había hecho ya el gran Hugo en un capítulo de su *William Shakespeare*.

“En Cervantes –dice–, un recién llegado entrevisto en Rabelais, hace decididamente su entrada; es el buen sentido. Se le ha percibido en Panurgo, se le ve de lleno en Sancho. Llega como el Sileno de Plauto, y él también puede decir: Soy el Dios montado sobre un asno”.

El señor de Val busca los puntos de semejanza en los dos héroes. Hércules, en su destierro, condenado por Anfitrón, rey de Tebas, haciendo vida pastoril, y don Quijote, enamorado y poeta, en Sierra Morena. En las “salidas” hubo indudablemente muchos “trabajos”; las aventuras de los molinos de viento, en la venta, lo del yelmo de Mambrino, la liberación de los presos, el caballero del bosque, los leones, a los cuales se pueden agregar el descenso a la cueva de Montesinos, los batanes, los cuadrilleros, el barco encantado y tantos otros momentos de la vida heroica del caballero de los caballeros.

Todo esto, desde cierto punto de vista, es comparable con las hazañas del esposo de Deyanira. Mas, a mi entender, la psicología, digamos así, de los dos personajes, es absolutamente distinta. Además, Don Quijote es inseparable de Rocinante. Es el “caballero”. Diríase que sin su caballería está incompleto. Cuando no va en Rocinante hacia el heroísmo, va en Clavileño hacia el ensueño. Hércules no cabalga. La única vez que usa de corceles es cuando ya consumido su cuerpo por las llamas en la cumbre del Ceta, en soberbia apoteosis, y bajo su olímpico aspecto de inmortal, asciende, por orden de Júpiter, hasta los astros, en un carro tirado por una cuadriga:

*Quem pater omnipotens Inter cava nubila raptum
Quadrijugo curro radiantibus intuli astris.*

Podríase comparar don Quijote, a ese respecto, con Belerofonte, con Perseo, ambos jinetes de Pegaso y sublimes caballeros andantes. Cervantes cita poco a Hércules. En la primera parte del *Quijote*, cuando habla de las lecturas del héroe, dice:

*“Mejor estaba con Bernardo del Carpio, porque en
Roncesvalles había muerto a Roldán el encantado
Valiéndose de la industria de Hércules, cuando
Ahogó a Anteón, el hijo de la Tierra, entre los brazos”.*

Hércules es el prototipo de la fuerza bruta, aunque, según las palabras de Muller, “lo heroico-ideal está expresado con la mayor fuerza en Hércules, quien fue preminentemente un héroe nacional helénico. Su semejante bíblico es Sansón. Don Quijote es el Espíritu cabalgante, el Ideal caballero. Otros hay que pudiéranse nombrar a su respecto: el ya dicho Perseo, San Jorge, Santiago, Astolfo y todo Poeta que monta en Pegaso.

Don Quijote en casto. Hércules es tan lascivo como Pan. En el canto en que Deyanira se dirige a su esposo en las *Nereidas*, de Ovidio, ella enumera alguna de las eróticas fazañas del *formidable marcheur*. Le habla de sus amoríos errantes y variados. “Cualquier mujer, le dice, puede ser madre por obra tuya”. Le recuerda la violación de Ankea y el “pueblo de mujeres” nietas de Teutra, de las cuales gozó, y la tremenda Onfalia, que afemina al beluario, y le hace hilas a sus pies como a una esclava. Don Quijote no encuentra siquiera a Dulcinea y no deja tentar por la carne, siempre con el alma de hinojos ante la figura soñada. Hércules, por fin, es el semidiós medio bandido, y don Quijote, aunque él asegure al compararse con don San Jorge y don San Diego y otros caballeros canonizados por ellos pelearon a los divino y el a lo humano a lo humanos, es un paladín medio santo.

¿Y Sancho y Sileno? Ya hemos visto como Hugo hace la comparación en su libro sobre Shakespeare. Sancho ese también inseparable de su asno. Recordaré el párrafo del admirable capítulo:

“Llega como el Sileno de Plauto y él también puede decir: Soy el Dios montado sobre un asno. La cordura en seguida, la razón muy tarda; es la historia extrema del espíritu humano. ¿Qué de más cuerdo que todas las religiones? ¿Qué de menos razonable? Morales verdaderas, dogmas falsos. La cordura está en Homero y en Job: la razón, tal como debe ser para vencer los prejuicios, es decir, completa y armada en guerra, no estará sino en Voltaire.

El buen sentido no es la cordura y no es la razón. Es un poco de lo uno y un poco de lo otro, con un matiz de egoísmo. Cervantes lo pone a caballo sobre la ignorancia, y al mismo tiempo, acabando su irrisión profunda, da por caballería al heroísmo la fatiga. Así muestra, el uno después del otro, el uno con el otro, los dos perfiles del hombre y las parodias, sin una piedad para lo sublime que para lo grotesco. El hipógrifo llega a ser Rocinante, Detrás del personaje ecuestre, Cervantes crea y pone en marcha el personaje asnal. Entusiasmo entra en campaña. Ironía sigue al paso. Los altos hechos de don Quijote, sus espolazos, su gran lanza enderezada, son juzgados por el asno, perito en molinos. La invención de Cervantes es magistral, hasta el punto que hay entre el hombre tipo y el cuadrúpedo complemento, adherencia estatuaría, el razonador como el aventurero hace un solo cuerpo con la bestia, que le es propia, y no se puede desmontar ni a Don Quijote ni a Sancho Panza”.

El asno de Sancho es silencioso y paciente, el asno del Sileno de Plauto está dotado del don de la palabra, como el de Balaan, como el que dialoga en Turmeda, como el que habla largamente al filósofo Kant en –el poema de Víctor Hugo. El asno ha tenido insignes cantores, desde Grecia y Roma, hasta Daniel Heisius, hasta Hugo, hasta nuestro bueno Lugones. Cierto es que el dulce animal de las largas orejas, además de conducir a Sancho y a Sileno, sirvió de caballería triunfal al Señor de Amor en su entrada a Jerusalén.

Apareció, seguramente, en *La Nación* de Buenos Aires; pero fue tomado del volumen *Letras* (París, Garnier Hermanos, Libreros-Editores, 1911, pp. 141-147). El artículo de Mariano Miguel de Val (1875-1912) no se ha localizado. Este poeta y prosista español colaboró en diarios de la época. Fundador de la revista literaria *Ateneo* (1906), fue autor de ensayos diversos y de los poemarios *Edad dorada* (1905) y *El siglo de las glosas* (1911), además de cercano amigo de Darío. Éste le dedicó una semblanza.

IV. Crónica

(Aquí se incluyen las dos crónicas de Darío anotadas por Schmigalle).

Anejo

SEMBLANZA BIOGRÁFICA DE CERVANTES

Por David Arellano Sequeira

La primera biografía de Cervantes escrita por un centroamericano fue elaborada en inglés por David Arellano Sequeira (1872-1928), cuando este nicaragüense (nacido en Granada, Nicaragua) estudiaba en Saint John's College, Fordham, Nueva York, y tenía dieciséis años. Aparecida en la revista *The Fordham Monthly* (mayo, 1888), la traduje íntegra en 1980, pero ahora sólo ofrezco su corpus central. JEA.

TRISTE es contemplar a España, nación que antaño impulsó un floreciente comercio y sostuvo a cuarenta millones de la población del mundo, luchando en nuestro siglo XIX por su propia existencia. Lejos de su cimero esplendor, el imperio de Carlos V y Felipe II revive en la memoria de los españoles que aún acarician sus glorias pasadas y su difunta prosperidad. Los momentos más lúcidos de esos mejores días fueron los de su literatura. Si ésta resultó un monumento, lector querido, trasladémonos a la majestuosa Biblioteca del Escorial, cercana a Madrid, y quedémonos absortos ante las creaciones de sus sabios y escritores.

Entremos al magno edificio, paseándonos de sala en sala, hasta bajar de uno de los estantes un tomo polvoroso y sentarnos para hojear su contenido. El tomo tiene un aspecto vetusto, y en una rápida mirada concluimos que, desde su solitario recinto, este volumen ha llevado el peso de dos o más siglos. Al vislumbrar su título, nos enteramos

que se trata del *Viaje al Parnaso* de Miguel de Cervantes Saavedra. Parece que el autor de Don Quijote hizo un imaginario viaje al Parnaso.

Abrimos el infolio que bosteza varias veces como si acabara de ser despertado de un extenso sueño sosegante. Volviendo parsimoniosamente las amarillas páginas del viejo *in cuarto*, nos divertimos criticando de paso los méritos de su contenido, y una y otra vez nos detenemos para admirar algún excelente trozo que volvemos a leer y leer.

Devolviendo ya el magnífico libro viejo a su propio lugar, acudamos a un tomo de singular aspecto, el cual parece no poder menos de ser rescatado de su pequeño nicho. ¡Ah! ¿Así que te llamas *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*? Pues tu rostro es un poco conocido, pero eres un tío tan deleitoso y divertido que nunca nos cansas, y siempre te encontramos el mismito compañero fiel de tantas horas felices. El viejo *in cuarto* no podía haber ansiado más ser leído que nosotros anhelamos leerlo; y por eso lo abrimos por centésima vez. Ya conociendo íntimamente esta gran obra, podemos decir de memoria enteros trozos palabra por palabra; y, sin embargo, con cada acto de lectura sucesivo, parecemos discernir otra belleza que nos había escapado u otro encanto que no habíamos gozado plenamente antes. No proponemos dar una explicación da esta universalmente conocida obra maestra, por ser eso simplemente contar secretos ya dichos; pero cuatro palabras de acuerdo con nuestra opinión de Don Quijote no resultarán, según nuestro parecer, superfluas. Apenas falta decir que el lenguaje del todo es verdaderamente clásico, y en algunos trozos tan noble y tan altamente pulido que nos hace recordar el estilo varonil de los escritos de Tulio. Otra cosa que nos llama la atención es que el Caballero de La Mancha, al arengar a su zaquetudo escudero, emplea algunas palabras arcaicas, que para Sancho son menos inteligibles que el hebreo. Por eso Don Quijote, al hablar de la isla que Sancho gobernará, dice *ínsula* en vez de *isla*, y a la mente ordinaria de Sancho comunica la idea de algo encantado y sobrenatural.

Ya examinados los sucesos más divertidos que se relatan en Don Quijote, volvamos al frontispicio para ver en que año fue publicada esta edición de la obra. Pues, he aquí un bosquejo de la vida de Cervantes, escrito por un cierto Don español cuyo nombre no tenemos ganas de mencionar. ¡Qué gustazo biográfico más

inesperado! A ver lo que ha de decir este grande de España respecto a su ilustre compatriota.

Lo mismo que en épocas de antaño siete ciudades de Grecia se honraron por haber dado a luz a Homero, así en los tiempos modernos siete ciudades de España se decidieron por un honor igualmente digno el haber sido el lugar de nacimiento de Cervantes. Después de largos años de investigación se descubrió que el autor de Don Quijote fue originario de Alcalá de Henares, donde nació en 1547. Poco se sabe de su vida temprana, y hemos podido espigarles a varias alusiones esparcidas a través de sus propios escritos sólo unos pocos detalles triviales de su niñez.

Leemos que estudió la gramática y las humanidades bajo un maestro de su pueblo natal; pero el que pasara dos años en la gran Universidad de Salamanca sólo puede mantenerse partiendo de fuentes tradicionales de un carácter muy cuestionable. Sin embargo, sus obras muestran que recibió bastante formación y que tenía un conocimiento extenso, aunque incompleto, tanto de los clásicos como de la literatura en general. Hizo su primera hazaña literaria cuando, como uno de los escolares más avanzados de su maestro, escribió unos sonetos en la muerte de Isabel de Valois, esposa de Felipe II, y fue uno de los victoriosos en la competencia, mencionado después por su maestro en términos muy laudatorios como su “querido y amado alumno”. En 1568 el Cardenal Acquaviva llegó a Madrid para expresar a Felipe II las condolencias de Su Santidad, Gregorio XIII, en la ocasión de la muerte del príncipe, don Carlos; y el joven Cervantes, frecuentador de la corte por aquel entonces, parece haber atraído la atención y buena estimación del prelado, quien le hizo su paje y lo llevó a Roma. Pero la vista de Italia, con toda la memoria de sus grandes poetas, oradores y sabios, no despertó en el alma de nuestro héroe el espíritu de la poesía, sino que más bien encendió en su corazón ambiciones de fama militar; y dos años después de su llegada en Roma cambió su librea cardenaliana por el uniforme del soldado.

Cervantes fue expuesto al fuego por primera vez cuando se regimiento tomó parte en la expedición papal de 1570 contra la isla de Chipre, ardientemente asediada en aquellos días por los turcos, y pretendió sin éxito de aliviarla. Este fracaso cristiano causó un sentido de terror y asombro por toda la cristiandad, y el Santo padre, dándose cuenta de lo arriesgado de la situación, ordenó que España y Venecia prescindieran de

sus disputas particulares y aunaran sus fuerzas a las de Roma para contener la potencia del otomano, que amenazaba infestar toda la cristiandad europea y plantear la creciente en la cúpula de la Catedral de San Pedro.

Todo amante de la historia conoce bien los sucesos que llevaron a la batalla de Lepanto; pero no todos están enterados del papel que hizo el autor de Don Quijote en aquel sangriento conflicto y gloriosa victoria. El joven Cervantes estaba en “La Marquesa”, una galera bajo el mando de uno de los tenientes más hábiles de don Juan [de Austria]. En el combate la galera estuvo en el ala izquierda, y al iniciarse la batalla, iba en la vanguardia del escuadrón, con Cervantes a bordo abatido de una enfermedad y aconsejado por sus amigos a que no se moviese. Pero nuestro héroe, siendo de corazón demasiado noble para quedar inactivo, les contestó de una manera muy patriótica, lo cual les convenció colocarlo, junto con doce valientes compañeros, en el barco que quedó suspendido al lado de la galera. Allí ejecutó tales hazañas que, aun durante los momentos más peligrosos de la batalla, llamó la atención del mismo don Juan, quien no se olvidó de la valorosa conducta que Cervantes mostró en el curso del conflicto. No nos atreveríamos a atribuirle al brazo del propio Cervantes una proporción desmesurada de esa gran victoria; pero el que se cubriera con gloria en ese inolvidable día se muestra claro por el hecho de que, mientras la memoria del “hombre enviado de Dios” queda ya casi olvidado, la de “El Manco de Lepanto”, que luchó como mercenario en “La Marquesa”, permanece fresca y floreciente en las mentes de sus compatriotas.

Puesto que la mano de Cervantes había sido gravemente herida y quedó desde ese día inválida y sin uso alguno, lo encontramos después de la batalla entre los heridos en Mesina, donde el célebre don Juan se dignó visitarlo en persona. Después de servir con mucho mérito durante otras dos campañas, Cervantes recibió permiso de visitar su patria, y con eso acabó el primer período de su vida como soldado, durante el cual adquirió ese conocimiento de la humanidad que después le iba a resultar tan provechoso.

Llevando cartas muy halagueñas de don Juan y el Virrey de Nápoles a Felipe II, Cervantes se embarcó para España, con su hermano Rodrigo, en la galera “El Sol”, durante el otoño de 1575. Apenas llegados a la vista de Menorca, sucedió que nuestro héroe y sus compañeros de repente se encontraron circundados de todo un escuadrón de

cruceros algerinos, mandado por el pirata notorio, Arnaut Nanie, quien recorría el Mediterráneo en aquellos turbulentos días. Los españoles, al verse agredidos, ofrecieron una porfiada resistencia, y lograron amargarle rigurosamente la vida al enemigo hasta que, abrumados a fuerza de los números superiores del pirata, se vieron obligados a arriar su bandera. Cuando los reos llegaron a Argel, le cupo en suerte a Cervantes caer en manos de un renegado griego, cuyo nombre aún entre los algerinos propios era un apodo de ferocidad. Este bribón avariento, creyendo que su prisionero podría redimir su libertad al costo de una cantidad de oro fabulosa, le cargó con cadenas y lo abusó con inauditas crueldades. El valor casi sobrenatural con que Cervantes llevó esos desoladores sufrimientos es, sin duda alguna la joya más brillante que adorna las hojas de su vida. Tampoco dilató ni estuvo retrógrado en planearles medios de escape a él y sus compañeros presos; pero, desafortunadamente, nunca lograron dar fruto, debido a la falta de habilidad en algunos y a la traición a otros. Fue el espíritu indómito de Cervantes el que alegraba la melancolía de los prisioneros cristianos en aquellos calabozos oscuros y lúgubres; y la maravillosa influencia que ejercía sobre indigno captor a menudo intervenía para ayudar a los otros, mientras su carácter generoso le inducía a echarse a sus espaldas la culpa cuando había una cuestión de castigo por alguna mala conducta general.

Después de cinco años de exilio y prisión, gracias a los generosos esfuerzos de su buena madre y especialmente del buen fraile Juan Gil, Cervantes fue liberado de su cautiverio y esclavitud, arribando a la costa de su amada España después de doce años de ausencia. Pero su buen humor indoblegable siempre se enfrentaría con apuros aún más difíciles que los de su cautiverio en Argel. Los veteranos de los servicios de Lepanto ya habían sido olvidados, y Cervantes, con ganas de ganarse la vida, se aunó a su vieja compañía, que por aquella temporada iba en expedición rumbo a Portugal. En la batalla de Dercire se mostró aun el valiente español que había sangrado en Lepanto por el honor de su patria y por la existencia de su religión. Pero todos los sueños de Cervantes no se habían realizado, y ahora empezó a desesperarse de ese favor militar al que su intachable conducta le dio derecho. A la edad de treinta y seis años, abandonando su carrera militar, se estrenó literato, publicando una novela pastoril llamado "La Galatea". Poco después se casó con una dama española de singular belleza y respetada familia. Durante los próximos años, se sabe que escribió para la escena, pero aun no había descubierto la verdadera inclinación de su genio.

En 1598 lo descubrimos cobrando impuestos en la jurisdicción de Argamasilla, cuando el rabioso populacho, después de maltratarlo considerablemente, lo encerró en una casa conocida aún hoy día como “La Casa de Medrano”. Ya que dice Cervantes mismo, hablando de Don Quijote en su prólogo, que “este hijo de su entendimiento nación una cárcel”, concluimos que la primera parte de Don Quijote fue concebida y probablemente escrita durante su segundo encarcelamiento. Completó y publicó su inmortal obra el mismo año que Shakespeare le dio al mundo su famoso “Hamlet”. Poco después volvió a escribir por el teatro, y fue entonces que estalló ese espíritu rival entre él y el gran Lope de Vega, quien resultó con la victoria. Mientras tanto Avellaneda, admirador de Lope de Vega que le sugirió el vergonzoso acto, publicó el Don Quijote falso que provocó la furia de Cervantes. Este tomó su pluma y, al cumplir la parte final de su inmortal obra, impuso silencio al miserable calumniador. Los próximos años de su laboriosa vida los pasó Cervantes casi en la pobreza, aunque su mero nombre ya se había vuelto inmortal. Escribió su novela póstuma “Los trabajos de Persiles y Segismunda” cuando ya le habían suministrado la extremaunción, y, en sus propias palabras, “ya tenía un pie en el estribo”, esperando una llamada. Unos pocos días antes de su muerte, lleno del espíritu de un hombre en el portal de la eternidad, tomó el hábito de un fraile franciscano, con el cual dio su último suspiro el 23 de abril de 1615, el mismo día que expiró su gran contemporáneo: William Shakespeare.

(Traducido de la revista *The Fordham Monthly*, vol. VI, Núm. 5, May, 1888, pp. 141-143).